HABITACION EN TURIN

POR

EDUARDO TIJERAS

Si usted llega a Turín una mañana de finales de agosto verá que el sol pálido, entre el tumulto del tráfico, la premura de la gente que desciende de los trenes y las nieblas que apenas velan todavía el final de las avenidas, ilumina el interior de los soportales, solemnes, grises, pero dotados de una rara cordialidad. Esta cordialidad no sé si radica en los bares y tiendas vetustos, en las coquetas mesitas con manteles, en la cierta paz de claustro que allí se respira. De todas maneras, usted presentirá que es fácil tomarle cariño a los soportales de Turín, y se sorprenderá una y otra vez dando vueltas bajo las arcadas. Por eso no es extraño que busque un hotel en los mismos soportales, que están cerca de la enorme estación ferroviaria y afloran a una de las avenidas que conducen al Po. Es normal que se hospede en el Roma, un hotel de primera categoría. Y hasta puede que le den la habitación número 49, en el tercer piso. Bien, en ese caso usted estará en la habitación en que hace diecisiete años se suicidó Cesare Pavese ingiriendo suficiente dosis de barbitúricos.

Si usted es una persona normal, es decir, un comerciante, un buen hombre con cuatro papeles en la cartera para resolver y, al mismo tiempo, es un hombre con sentido común, llevará razón al pensar que el mundo está lleno de rincones donde ha muerto gente. Pensará en las carreteras con muchachas ensangrentadas y espina dorsal rota, en las llanuras o selvas devastadas por la guerra, en las casas innumerables de las innumerables ciudades donde siempre se está muriendo la gente, donde siempre nos estamos muriendo. Y pensará también —ya en un alarde de inteligencia— que la categoría de la muerte no admite gradaciones y que el dolor, a cierto nivel, se identifica en sí mismo. No tiene importancia, pues, que Pavese eligiera morir en esta habitación. No es un museo, ni mucho menos. Usted puede colgar su displicente pijama, bañarse en el mismo baño y utilizar el mismo teléfono, ya arcaico, aunque la cama sea otra y otro el revestimiento de las paredes, si bien la cama nueva, dada la disposición estrecha y larga de la estancia, está forzosamente en el mismo sitio. Poco han cambiado las cosas. El dueño del hotel sigue siendo el mis-

mo, y él, mejor que nadie, sabrá apreciar esa horrible mezcla funérea de vejez remozada sin convicción que tiene su hotel, con el baño a la entrada de la habitación y puertas batientes como las de un *saloon*. Las contraventanas tienen la pintura grisácea y descascarillada, y se ve un paisaje urbano de buhardillas y una hermosa plaza tranquila con la estatua en piedra de un ingeniero. También se ven las copas de los árboles de un parque próximo. Y el pijama de usted, persona accidental a la que ignoro por completo pero a la que tengo que agarrarme si quiero sentir el suelo bajo los pies, es decir, si quiero convencerme a mí mismo de que es importante peregrinar durante largas horas de tren hasta la habitación de un suicida, cuando hay tantas huellas de muerto por ahí, en todos los rincones. Necesito urgentemente justificar mi interés por un muerto voluntario. Mire usted: a los muertos es fácil clasificarlos. Están los que se mueren a la fuerza (vejez, accidente, enfermedad) y los que se mueren queriéndolo. Dentro de esta segunda categoría aún podemos establecer varios matices de índole biológica y social, en el sentido, por ejemplo, de que cuando se suicida una sirvienta, un herrero, un viejo de hospicio, personas anónimas quiero decir, quedan pocos plausibles testimonios de su decisión o, en cualquier caso y para el gran público, estos testimonios se reducen a una nota de prensa y resultan siempre algo así como elementales. El suicidio de hombres públicos (políticos, financieros, militares) ya es otra cosa y brinda mejores elementos de juicio. Pero el suicidio de un escritor es definitivo a tales efectos. A base de estadística y sociología se pueden hacer muy acertados estudios sobre el suicidio y adquirir nociones generales y útiles. No obstante, la estadística y la sociología van a establecer causalidades masivas, de interesante factura didáctica, pero que no iluminan el entramado misterioso, esencializado, de la vida y la muerte, la emoción y el drama, la fuerza que se destruye a sí misma en virtud del amor y la sensibilidad. En tal caso, conviene aproximarse al suicidio más puro y elocuente. Una de las principales limitaciones de la siquiatría o uno de sus principales problemas consiste, a veces, en la dificultad de establecer por parte del sicoanalista el necesario «principio de realidad», la noción concreta de «salud mental» y de lo que «debe ser», pues a cierta profundidad el equilibrio sicosomático pierde sus perfiles «familiares» y ya no se sabe bien qué se puede pretender ni qué se trata de curar. Hay enajenaciones mentales *evidentes* que un sicoanalista clasificaría inmediatamente: esquizofrenias, manías persecutorias, depresivas, etc. Si bien la locura, tomándola como valor absoluto, no tiene valor finalista en la explicación de un suicidio, convendremos en que determinadas decisiones fatales caen cerca de irregularidades síquicas controladas o de

contornos sociales determinantes. A medida que la explicación de un suicidio sea más rotunda es menos puro el suicidio. Cuando en un suicidio hay mucho determinismo significa que hay también porciones no desdeñables de lógica. Si esto es así, la lógica de Hemingway, de Juan Belmonte —tipos de vida gloriosa al sol, curtidos en la acción, en la fama y la plenitud y que, al final, la vejez se les torna intolerable y les incuba enfermedades—, es lógica fuerte y abierta. El determinismo del suicidio de Pavese es bastante más sutil si tenemos en cuenta que lo hizo a una edad —cuarenta y dos años— que no participa de las depresiones típicas de la vejez ni de los apasionados ofuscamientos generales de la juventud. El sentido del suicidio de Pavese —si algún sentido tiene todo este maldito vocabulario— no se agota esgrimiendo las explicaciones habituales: impotencia sexual, fracaso amoroso, conciencia de culpabilidad, adolescencia anacrónica, agotamiento de las fuentes creadoras, si bien el conjunto, naturalmente, conduzca a la habitación de un hotel en Turín. Pero había algo más. Un algo más que quizá intentemos definir después y que, por lo pronto, escapa, igual que escapa el sentido último de la vida, a definiciones clínicas o sentimentales (1). Se trata de un algo más escatológico. Sin embargo, yo no he venido hasta esta habitación en penumbras para echar un discurso, sino inducido por vagas cuestiones afectivas, de constatación de ambientaciones literarias y realidades urbanas y campestres. En todo caso, humildemente, se trata de un ejercicio ni tan siquiera exhaustivo. Y si me obstino en dirigirme a un pijama es porque este pijama colgado representa el espíritu indiferenciado de la gente de la calle, justamente el conjunto de cosas —células, leyes internas, motivaciones diversas— que impiden *hacerse cargo* en profundidad del dolor de los demás o de la muerte de los demás. Ventajas de la incomunicabilidad. Si las experiencias fueran absolutamente comunicables, si no tuviéramos una sorda mecánica defensiva, entonces andaríamos con un permanente aullido en la boca, aparte de que, insisto, la muerte de Pavese no es más dolorosa que la muerte de un obrero de la construcción, aunque sí más escatológica.

(1) Un cuento delicado y poético de NATALIA GINZBURG: «Retrato de un amigo», que incluye Alianza Editorial en su reciente libro *Las pequeñas virtudes*, describe la amistad con Pavese y el ambiente de Turín, pero subestima el sentido de la muerte del escritor, ya que la explica de un modo lineal e incluso pueril. Esto no le quita belleza al relato, que vale por sí mismo. Es importante citar el libro de otra mujer, MARÍA DE LA LUZ URIBE (Universidad de Chile, 1966), que ha dedicado a Pavese un estudio serio, así como el prólogo de MARCELO RAVONI, a *Trabajar cansa* y a *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos* (Lautaro, Buenos Aires, 1961). En general, las traducciones hechas en América de habla española son muy susceptibles de perfeccionamiento, pero con todo demuestran una preocupación que en España, si exceptuamos *La playa y otros relatos* (Seix Barral, 1958), una breve selección de poemas editados en Santander y alguna otra traducción desconocida por mí, no ha tenido cuerpo.

En general se muere de manera circunstanciada o de manera natural. La muerte de Pavese es la muerte *en sí* o el secreto de la imposibilidad de seguir viviendo por razones indeterminadas y, por tanto, debido a razones que no afectan a problemas contingentes, sino a un solo problema que los abarca a todos y que sigue y que cae fuera de la posibilidad de los individuos de transformar la materia de sus vidas en mínima sustancia ilusoria y soportable. Por todas estas razones, ciertamente no muy precisas, he venido a Turín en vez de ocuparme del anciano que se ahorcó en el pajar, del hombre que se sienta fríamente en la vía del tren, del general que se equivocó en la guerra o, en un plano histórico inapreciable, de los diez mil suicidios anuales que se registran precisamente en Italia y que los periodistas de turno despachan con una crónica semiemocionada, algo así como la serpiente de verano.

No es el suicidio en su acepción histórica lo que a mí me interesa. Vengan estadísticas y vengan historias de conjunto y, una vez más, venga la escapada infrahumana de las motivaciones individuales, esto es, de lo que en definitiva va a constituir la historia y lo va a constituir todo. Me interesa el suicidio en su acepción individual, escatológica, y no excluyo desde luego la posibilidad de elevar todo esto a norma de validez histórica y universal, aunque la transición de lo individual y subjetivo a lo universal, histórico y objetivo es delicadísima y no la doy por resuelta. No está resuelta.

He pensado: «Pobre Pavese», y me lo he reprochado en seguida. Pobres los muertos de hambre, los torturados en la guerra, los negros humillados, y no un burgués decadente que elige un hotel de primera categoría para liquidarse elegantemente vestido y cuyas aspiraciones empezaron a ser a última hora tan concretas que ya se conformaba con que la chica de la sala Gai, una sala de baile, aceptara su invitación para cenar. Sin embargo, hay más razón filosófica y esclarecimiento vital en el suicidio de Pavese que en todos los torturados en los campos de concentración. A tales efectos, recuérdese la frase de Albert Camus: «No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se la viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía.» Por otro lado, Camus cita este fragmento de la *Confesión,* de Tolstoi: «Si todos los bienes terrestres por los cuales vivimos, si todos los goces que nos procura la vida, las riquezas, la gloria, los honores, el poder, nos son arrebatados por la muerte, esos bienes carecen de sentido. Si la vida no es infinita, es sencillamente absurda, no vale la pena de ser vivida y hay que deshacerse de ella lo más pronto posible por medio del suicidio.» Lo que pasa es que este horrible nihilis-

mo es matizado a continuación por el propio Tolstoi: «La existencia de la muerte nos obliga, sea a renunciar voluntariamente a la vida, sea a transformar nuestra vida *dándole un sentido que la muerte no pueda arrebatarle.*» Pavese respondió a su modo, es cierto, pero esto no significa que todos aquellos que no se matan hayan sabido darle un sentido de eternidad a sus vidas. No obstante, la cuestión se plantea así: la vida no tiene sentido; el que persista en vivir tiene que buscarle un sentido. A través de tan sencilla ecuación es como pierde entidad el nihilismo pleno. No he viajado a Turín para establecer las causas mediante las cuales Pavese no le encontró el sentido a su —a la— vida y se mató, sino para revivir sin pretensiones y a lo vago sus atmósferas. Es un viaje, en suma, cordial y triste (2) con respecto a Pavese, pero apasionado y hermoso con respecto a otras cosas. De esas cosas que condicionan cualquier juicio y que a la hora de un balance serio no es posible dejar al margen. Si algo más encuentra el lector, eso lleva ganando.

Lo esencial de Pavese es el tema del amor y, en su acepción amplia, el tema de las relaciones humanas y de la soledad, referido a las constantes del ser antes que a las situaciones de mayor o menor influencia. La tesis de Pavese es el campo, las colinas, los viñedos, el contacto con la naturaleza, la evocación de la infancia como elemento constitutivo, las fogatas del estío. La antítesis de Pavese es la ciudad, la juventud universitaria, los amores de adolescencia, las excursiones por el río, el compromiso político. Naturalmente, en Pavese no hubo síntesis, aunque sí hubo un formulario mítico —símbolo que recoge constantes vitales— de transustanciación campo-ciudad. A grandes rasgos, Pavese nació en un pueblo del Piamonte, estudió y vivió en Turín, estuvo confinado un año en Calabria por razones políticas, exactamente por razones antifascistas; a su regreso sufre el mayor desengaño amoroso de su vida: la *donna della voce rauca* acaba de casarse. Cuenta Davide Lajolo, en *Il vizio assurdo,* la mejor fuente biográfica de Pavese (3), que cuando éste se enteró por su amigo Sturani, en la estación de ferrocarril, todavía con la maleta en la mano, del casamiento de su amada, Pavese se desmayó y se vino al suelo. Vive con su hermana en Turín, reservado, huraño. Diez años más tarde todavía arrastrará el peso de este desengaño, al que se sumarán otros, por ejemplo, el de la actriz norteamericana Constance Dowling y el problema de la crea-

---

(2) Leopoldo Lugones, por cierto, también suicida, no me parece un poeta fundamental. Sin embargo, este verso de «El canto de la angustia», *Tus ojos de joven cordial y triste,* acude continuamente a mi imaginación. De alguna manera honda me identifico con la tristeza cordial, y puede constituir incluso un estilo de vida.

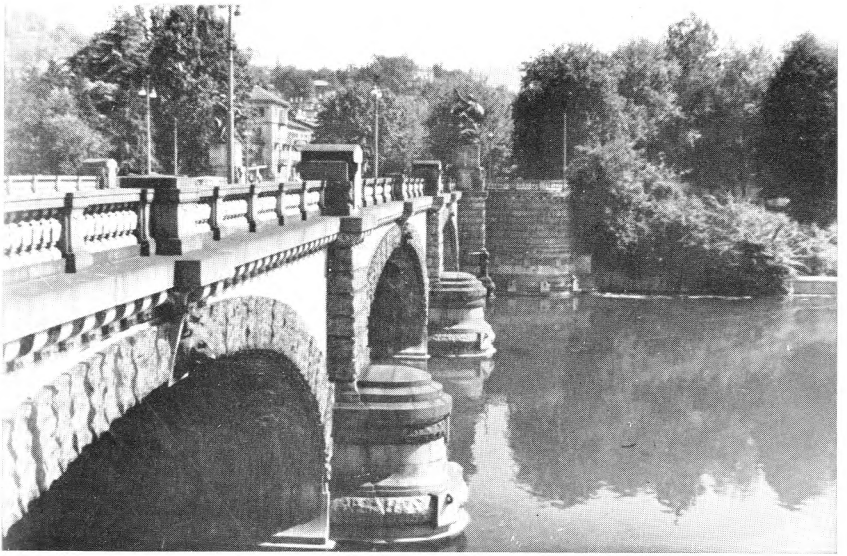
(3) Davide Lajolo: *Il vizio assurdo.* Il Saggiatore. Milano, 1960.

Hotel Roma, en Turín. La tercera ventana del tercer piso corresponde a la habitación de Pavese (el último piso es el cuarto)

Desde la ventana de la habitación de Pavese se advierte esta fachada con buhardillas

Ultimo paisaje urbano que recogió la retina del escritor

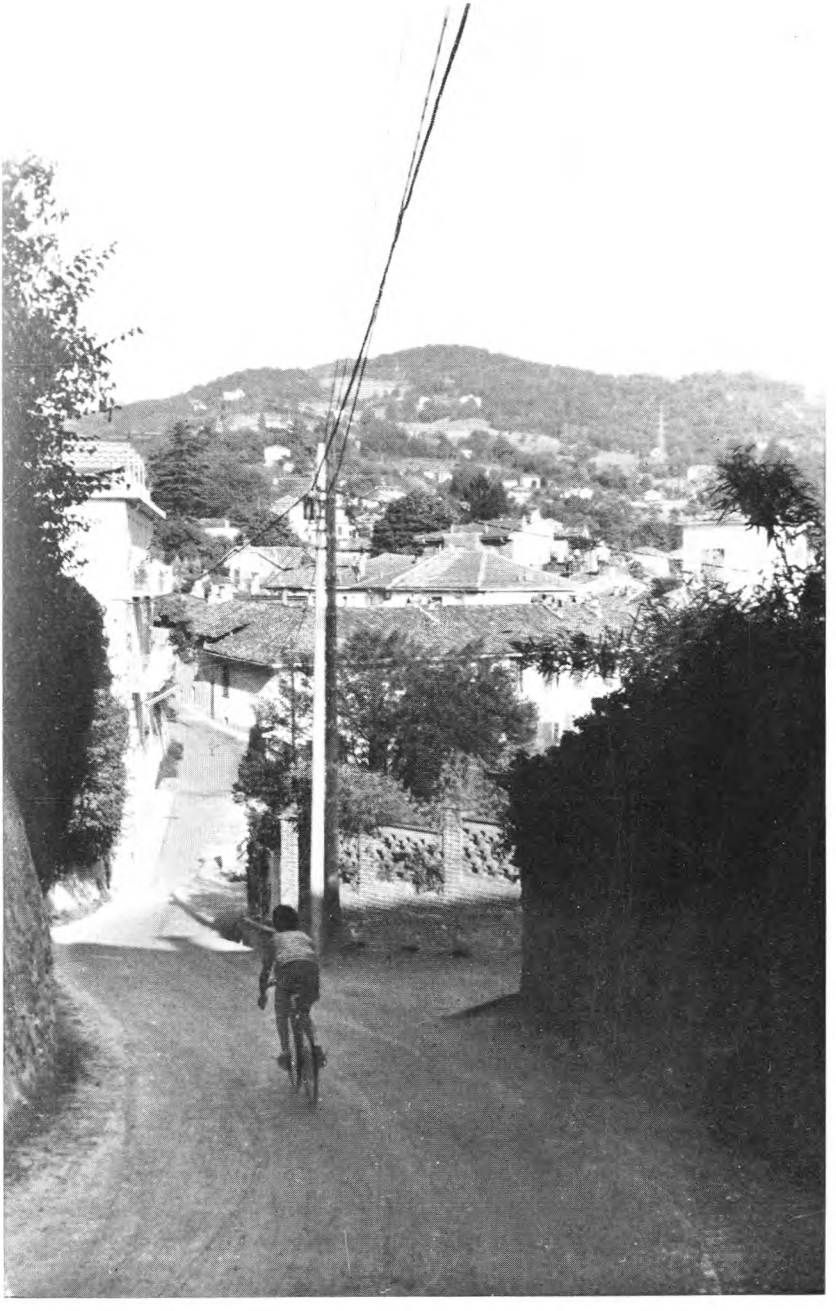
Los soportales de Turín



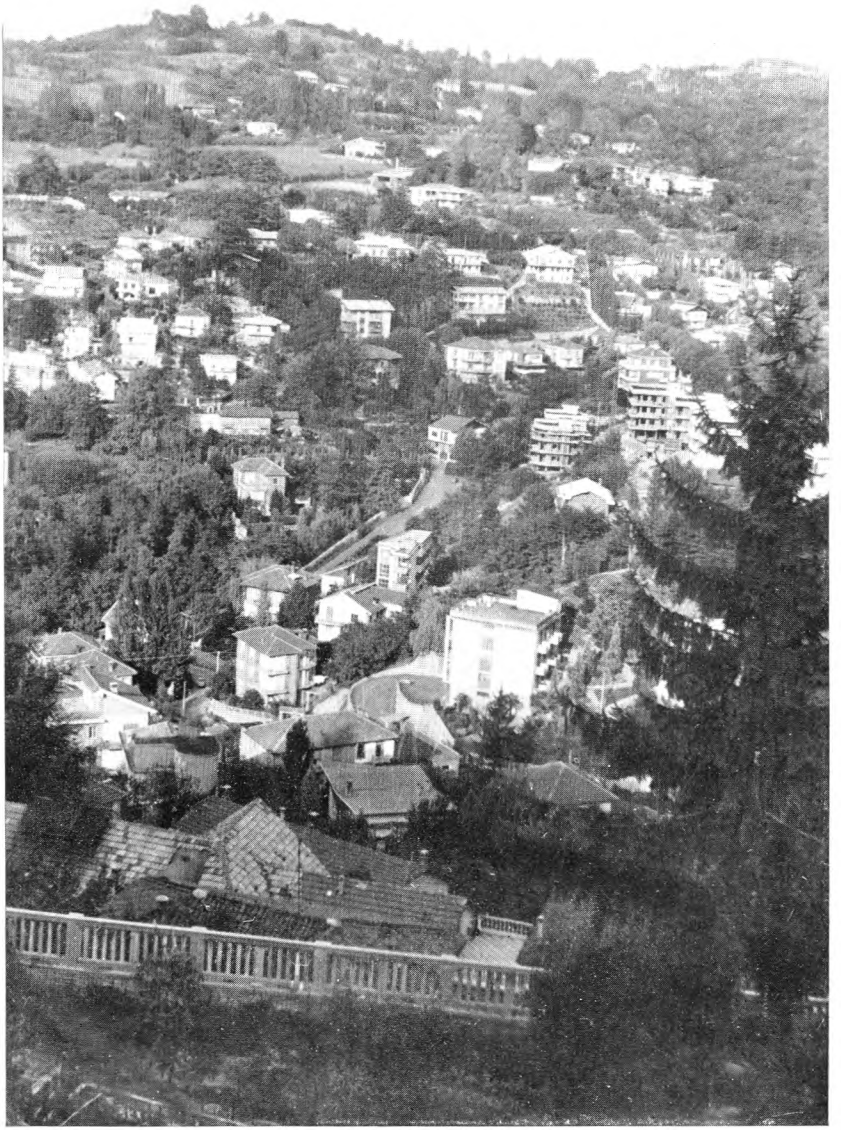
Puente de piedra sobre el Po

El Po entre árboles

Estatuas de piedra sobre el Po



El camino hacia las colinas de Turín



Las colinas boscosas de las afueras en Turín, escenario
de muchos cuentos y poemas de Cesare Pavese

ción literaria, esto es, el presunto agotamiento de las motivaciones hondas y constituyentes. Pero antes del asunto de la mujer de la voz ronca, ya Pavese le daba vueltas a la idea del suicidio. En agosto de 1950 encargó a su hermana que le preparase el maletín para sus cortos viajes, se despidió de algunos amigos, pasó por el periódico y eligió una de sus fotos; alquiló la habitación con teléfono, llamó a varias mujeres invitándolas a cenar, sin lograr obtener compañía, y el día 27 de agosto de 1950 fue encontrado muerto. Pavese sólo se había quitado los zapatos. Junto a los dieciséis sobrecitos de somníferos estaban sus «Diálogos con Leucò» abiertos en la primera página, donde dejó escrito: *Perdono tutti e a tutti chiedo perdono. Va bene? Non fate troppi pettegolezzi.* Perdona a todos y a todos pide perdón. Luego nos recomienda que no chismorreemos demasiado. Es saludable la advertencia, pues yo no pierdo nunca de vista la idea de estar basado en un pequeño morbo. Ocho días antes había escrito en el *Oficio de vivir:* «Todo esto da asco. Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más.» Y diez días antes había escrito: «Tú eres también la primavera, una elegante, increiblemente dulce y flexible primavera, dulce, fresca, huidiza —corrompida y buena—, una flor del dulcísimo valle del Po, diría alguien que yo sé. Sin embargo, también tú eres sólo pretexto. La culpa, después de mía, es sólo de la *inquieta angustiada que se sonríe sola.*» No se conoce el nombre —tampoco interesa— de la mujer de la voz ronca, y se sabe poco de la Dowling, de Sturani, de Ginzburg (Leone), de los amigos en general. El interés por Pavese persiste y fue precisamente el que anduvo más solo siempre, marginado por temperamento, inexhausto de olores, sabores y contactos, como dice en uno de los poemas de *Trabajar cansa.* Es lo mismo que cuando estamos inútilmente solos y con nostalgia de mujeres, de amigos y situaciones. Que esta soledad involuntaria, este no estar en el centro del mundo, pueda algún día constituir históricamente a los amigos, a las mujeres y a las cosas, es asqueroso y, por supuesto, no supone un consuelo.

Me imagino a Pavese por las vetustas calles de Turín, en el *alba color jacinto,* o en las noches de verano colmadas de estrellas y grillos, mirando las barcazas cargadas de arena que remontan la neblina del Po, pensando en los campesinos quemados, discurriendo por entre las luces de la estación, que se encienden bajo los árboles, yendo por el camino de las colinas, persiguiendo el remoto estupor, aquel estupor de la infancia de vivir absorto en la luz del día; reflexionando sobre las sangres, los antepasados y sobre el maravilloso encanto *presentido* en las aguas, en el prado, en las mujeres, en los olores. Todo este apasionado panteísmo cerebral se encauza hacia la mujer, la mujer como posibilidad única y profundísima de comunicación con el resto de las

cosas, el aire, la luz, el trabajo. Un hombre que ama la vida de esa manera y, además, tiene a las mujeres, acaba por calmarse y por sentir como un amago de plenitud, y entonces, si ese hombre es poeta, notará que está colmado y que sus imágenes fluyen serenas y con exclusivo afán de *recuperación* del mundo perdido o vivido. Pero cuando un hombre ama la vida de esa manera y, además, *no* tiene a las mujeres, sentirá que el supuesto secreto del universo y del ser se le escapa continuamente, sus imágenes respecto de las mujeres y del mundo siempre tendrán un intraducible sentido anhelante, mítico, herido y esencialmente poético, en el sentido de transfiguración de la realidad cotidiana, que se remite a la infancia, a las colinas, no en calidad de simple evocación, sino como norma constituyente de la personalidad, como proceso culminado, como único asidero vital, y porque el presente o la sensación de futuro no cuaja. Por eso los poemas de Pavese están llenos como de un reconocimiento insolidario y lúcido de la sensualidad del mundo, siempre encauzado a través de lo más concreto e imposible: la mujer. Come y mira el cielo y piensa en *las mujeres que estarán comiendo ahora.* Las estrellas están vivas, *pero no valen estas cerezas, que como solo. Las muchachas bajan al agua en el crepúsculo. Hay que detener a una mujer y hablarle y decidirla a vivir juntos. Seguro que andará por la calle esa mujer que, rogándole, eche mano a la casa. Los vestidos se vuelven viento las noches de marzo y se aprietan y tiemblan en torno a las mujeres que pasan. Volveremos esta noche a la mujer que duerme, con los dedos helados a buscar su cuerpo, y un calor nos sacudirá la sangre, un calor de tierra ennegrecida de humores: un aliento de vida. Alguna vez a la orilla del agua un aroma como de uva, de mujer rezuma sobre la hierba, y la luna fluye en silencio. Aparece alguien, pero atraviesa las plantas incorpóreo, y se queja con ese gemido ronco de quien no tiene voz, y se acuesta sobre la hierba y no encuentra la tierra. Hace frío en el alba, y el abrazo de un cuerpo sería la vida. Es esta ansia inexhausta de contactos y sabores que macera a los muertos...* Fragmentos de poemas distintos que podrían constituir por sí solos un poema coherente y unitario, ya que en Pavese, cultive novela o poesía, hay una tan grande autenticidad temática y vivencial que hasta se podría considerar rayana en la monotonía y en la limitación. Mas pienso que la autenticidad exige la limitación. Mientras que la literatura sea algo más que un entretenimiento, los temas serán más hondos que diversos.

Tras la penumbra de la habitación, sacudida por algún pitido de tren; tras el chisporroteo de los tranvías verdosos y el repugnantillo café con leche que sirven en Italia, hay que asomarse a la claridad

del Po, lento y limpio, bajo los puentes de piedra, con el ritmo petrificado de sus grandes estatuas, río augusto *(Tantos cuerpos de mujer han pasado bajo el sol sobre esta agua)* con merenderos y hermosa floresta *(Este es el día en que suben las nieblas del río a la bella ciudad, entre prados y colinas, difuminándola como un recuerdo)*, el río que, como una mujer, es la vida y es la muerte, porque igual puede inspirar una historia tan hermosa como «La chaqueta de cuero», igual puede inspirar ideas de libertad o restañar viejos dolores *(Vale la pena tener hambre o haber sido traicionado por la boca más dulce con tal de salir a ese cielo hallando al respirar los recuerdos más ágiles)* como puede matar por contrapartida. Toda belleza adquirida o entendida supone a la larga una traición. De aquí la imposible y estúpida lógica del budismo. (Por eso quizá la gente de raza blanca se mata con más frecuencia que la gente de raza negra. ¿Para qué se van a matar los negros si lo tienen todo por hacer? ¿Por qué se va a matar la gente en tiempo de guerra si lo único que hay que hacer en tiempo de guerra es escapar de la guerra *vivo*? ¿Por qué se va a matar la gente que pasa hambre si lo único que tiene que hacer la gente que pasa hambre es precisamente no pasar hambre?)

Me imagino a Pavese, joven, viviendo la ciudad nocturna con el vino y los amigos, yendo hasta las colinas en el alba, a pie *(Algún otro solía seguir nuestras andanzas sin comprender qué hacíamos a cierta hora, una vez cerrados los cines, los lugares de esparcimiento, los bares, y agotadas las conversaciones; se enardecía ante la idea de turbar el sueño de las muchachas o de ir a esperar el alba en las colinas...)*, estas colinas de sombría vegetación, salpicadas de casas de recreo y hosterías con emparrados; estas colinas a las que he venido en un autobús y desde las que se divisa Turín, ocre y envuelto en la bruma del atardecer. Uno de los personajes de *El diablo en las colinas,* pregunta: «¿No se divisa Turín desde aquí? Debería ser posible. ¿Ustedes no divisan Turín?» Bueno, posiblemente hace diecisiete o veinte años no existía esta hermosa terraza con mesitas abierta al Turín panorámico, vespertino, otoñal y fabril, y donde es posible oír las canciones de moda mientras los amantes se preguntan en qué piensan, dulcemente obstinados en esa pregunta, casi siempre contestada de igual manera: en nada, cuando, en realidad, basta una mínima abstracción, una ligera dilatación de las pupilas, para que en esa nada esté todo, el misterio y la emoción de vivir, ahora expresados por las «triviales» canciones, el amor en la terraza, la luz de caramelo y el recuerdo de Pavese *(Terminado el «Diavolo in collina». Tiene el aire de algo de peso. Es un nuevo lenguaje. Al dialecto y a la caligrafía*

culta suma la «discusión estudiantil». Por primera vez has erigido verdaderamente símbolos. Has recuperado la «Spiaggia», injertándole los jóvenes que descubren, la vida de discusión, la realidad mítica). La tristeza de la tarde, como siempre en todos los parajes, te agarra en el aire fresco de las colinas. Hay una depresión tierna. De pronto llega la nostalgia aguda de luces, de bares, de habitaciones de hotel con lamparitas, de restaurantes rumorosos. Hay como un deseo enfermo de comunicación y de soltar el chorro de los complejos de toda la vida y sentirse admirado exactamente por una mujer; sentirse turbado ante la pesadamente dulce y sofocada onda del amor, y notar cómo una deficiencia, un pasado mediocre o sin interés o humillante, un gesto o una palabra tonta, se convierten en sensaciones de plenitud y afirmación vital, se convierten en la revolucionaria creencia de que por fin el *presente,* un presente henchido, va a servir ya para siempre, y que es un privilegio haber llegado hasta ahí. Pero inmediatamente se sabe que la *mecánica de las necesidades* sigue existiendo, como la *inquieta angustiada que se sonríe sola.* Esta mecánica física y sentimental enseña algo muy complejo, ni bueno ni malo, simplemente complejo: aguardamos un futuro totalizador, pero el futuro nunca llega, es un espejismo. La renovación continua de necesidades carece de finalidad aparente, no tiene sentido. Sin embargo, esta falta de sentido en la continua renovación de los anhelos es precisamente lo que le da sentido a la vida, el único sentido que patéticamente se le puede otorgar. El resto es el suicidio, la esquizofrenia o el drogado (hablo en el terreno de las individualidades: la colectividad —la historia— requeriría otro lenguaje). Pavese perdió su mecánica de las necesidades, se vio privado repentinamente de sus espejismos en torno a los futuros inexistentes y entendió que el dolor no sirve para nada; es decir, no entendió con el cuerpo, con la sangre, que el dolor sirve para continuar miserablemente en la brecha. Esa broma ya no le hizo más gracia.

Vamos en el autobús huyendo de la soledad impresionante de las colinas, el autobús que da muchas vueltas y se aproxima a las luces de Turín *(me pregunto para qué sirven todas esas luces),* un Turín sin demasiada gente en la calle, y llega la hora de cenar y se sube uno a un taburete y, en medio de la gravedad del momento, nos enredamos con los macarrones y con el vino ácido y malo en jarritas de cristal fino, mientras la ciudad empieza a quedarse vacía, e, indefectiblemente, tras muchas paseatas bajo las arcadas, tras muchas recaladas en los bares desiertos, medio borracho de martinis, con la barriga llena de pasta y el cerebro lleno de alcohol, pareciéndome que llevo un siglo

en Turín *(ya no tengo nada que desear en esta tierra, excepto aquella cosa excluida por quince años de fracasos)*, me detengo balanceándome sobre los pies, las manos en los bolsillos, frente a la ventanita del «albergo» Roma, donde liquidara sus días el «muchacho» asmático, cara flaca, cuerpo gentil, eyaculador prematuro, condición adversativa *(¿Cómo poseer sin ser poseído? Todo depende de esto)*, me detengo frente a la ventana del hotel, cercano a la estación ferroviaria —ni que decir tiene que insisto en este asunto del ferrocarril, porque soy ferroviario—, en la noche turinesa desierta y ya entrañable, y me detengo en acto absolutamente solemne, a pesar de que no me tengo bien sobre los pies, a pesar de que puedo dormirme ahora mismo sobre el guardabarros de un coche, pero no me duermo ni me caigo, sino que me limito a maldecir la historia, el conjunto entero de la historia, que sigue adelante con su característica irresponsabilidad sobrehumana, y pienso ya consciente y emocionado en la significación profunda que tiene para mí Cesare Pavese, significación que nunca, por supuesto, deja de conducir a una encerrona del pensamiento, con la diferencia sabida de que Pavese se mató y los demás estamos vivos, y pensamos en estas cosas casi con aire de profesores. El sentido profundo de Pavese viene determinado por su capacidad de emoción evocativa y su instinto de la verdad objetiva, de esa verdad que funciona por encima del yo, y que conduce radicalmente al relativismo, a la condición adversativa del mundo, contradictoria y estéril, porque no hay progreso donde las propuestas se eliminan en una pugna agotadora y sin remisión para el que las plantea, quien, además, desea rondar teóricamente el estoicismo y, en sus momentos más indefensos, cree en el sino fatalista. Esto equivale a lo contrario de una de las tendencias principales, tanto del cristianismo como del fascismo y el comunismo: el que no está conmigo está contra mí. Yo pienso que la norma puede ser eficaz políticamente, pero no poéticamente, y si no conseguimos conciliar la realidad política, poética y cotidiana no habremos conseguido nada, excepto derrochar palabras. Los que están en el medio, mueren. Los que están en los extremos sobreviven, pero a costa de una negación. Y entonces estamos en las mismas. Por eso importa Pavese. Y sus mujeres. Y el mito. Y que la literatura no fuera para él la invención de una trama hábil. Importa mucho —ejemplaricemos *poéticamente*— entender a Pavese, seguir sus huellas en Turín o en cualquier parte y, además, sentirse identificado con el amor de las mujeres, aunque esto sólo ocurra en serio un par de veces en toda la vida. Ahí está la ventanita, en el tercer piso del albergue Roma, y aquí están, en la cabeza mórbida, en cada una de las mujeres que miran encendidas, en el río sereno, en el encanto de las arcadas, en la can-

ción de las colinas, los versos con que Pavese presintiera diez años antes su muerte:

No será necesario abandonar la cama.
Sólo el alba entrará en la estancia vacía.
Bastará la ventana para vestir todas las cosas
de una tranquila claridad, casi una luz.
Se posará una sombra descarnada en el rostro boca arriba.
Los recuerdos serán grumos de sombra
escondidos como viejas brasas
en la chimenea. El recuerdo será la llama
que ayer aún mordía en los ojos apagados.

Sí, en efecto, *para todos tiene la muerte una mirada. Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.* ¿No es desesperadamente tierno e inclasificable?

EDUARDO TIJERAS
Maqueda, 19. Parque Aluche.
MADRID, 11